

FORO

Reflexiones sobre el cierre temporario de la Biblioteca Nacional de Uruguay

Una toma de conciencia colectiva ante un cierre controversial

Nicolás Duffau¹

Universidad de la República, Uruguay

DOI: <https://doi.org/10.25032/crh.v11i21.2637>

El anuncio del cierre de la Biblioteca Nacional para el público en general es una excelente oportunidad para reflexionar sobre los problemas de los repositorios bibliográficos y documentales en Uruguay. El cierre de la biblioteca se debe a una serie de situaciones que llevaron a la institución al límite: falta de presupuesto, de funcionarios (y la sobreexigencia a los cuarenta y pocos que actualmente trabajan allí), problemas edilicios, atraso tecnológico (enternece ver los ficheros de cartón ante los desafíos actuales de la archivología), pérdida de exclusividad (ante la digitalización masiva de diarios y documentos), ausencia de concursos (por ejemplo, para el llamado departamento de investigaciones, algo inconcebible para alguien que, como integrante de la UdelaR, considera al concurso abierto la forma más

¹ **Nicolás Duffau** es doctor en Filosofía y Letras, mención Historia, por la Universidad de Buenos Aires, magíster en Ciencias Humanas, opción Historia Rioplatense, y licenciado en Ciencias Históricas, opción Investigación, por la Universidad de la República (Udelar). Actualmente se desempeña como profesor titular grado 5 (en régimen de dedicación total) de Historia Americana en el Instituto de Ciencias Históricas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UdelaR. Integra el nivel II del Sistema Nacional de Investigadores-ANII. Junto con Ana Frega, es coordinador académico del grupo de investigación financiado CSIC I+D «Crisis revolucionaria y procesos de construcción estatal en el Río de la Plata». Entre 2023 y 2025 fue coordinador del convenio entre la Facultad de Humanidades y la Intendencia de Montevideo en ocasión de las celebraciones por los trescientos años del proceso fundacional de la ciudad. Es autor de libros, capítulos de libros y artículos académicos diversos.

transparente de acceso a un cargo público), robo de material, una política editorial restringida a pocos autores (y sin una línea clara, ya que no se sabe qué prioriza la institución en sus ediciones), entre otros problemas. Más que preguntarnos cómo llegamos a esta situación de cierre parcial, tal vez nos podríamos preguntar por qué no ocurrió antes.

Tratar de superar ese conjunto de problemas puede ser para la actual dirección un momento de construir una biblioteca para el siglo XXI. A la vez, quienes somos usuarios frecuentes de la Biblioteca Nacional tenemos una oportunidad para reflexionar sobre la falta de una política estatal para la mayor parte de los repositorios públicos uruguayos. Es decir, los problemas actuales de la biblioteca no se deben exclusivamente a negligencia, desidia o incompetencia, sino la expresión de una política que, por lo menos desde la década de 1990 a esta parte, ha retaceado recursos, pero, más preocupante aún, retirado al Estado en la disputa de lo público. Estas señales rojas que se encienden sobre la biblioteca son resultado de la ausencia de una política patrimonial por parte del Estado y de los tomadores de decisiones (léase legisladores, ministros, cargos de dirección). Referirse en Uruguay a una política de acceso a determinados bienes culturales es dar cuenta de la indiferencia del Estado para preservar su acervo cultural pasado y presente (alcanza con ver los catálogos de remate para apreciar esa retracción del Estado o pensar en documentos valiosísimos en manos de coleccionistas, universidades extranjeras o particulares).

Que la principal biblioteca pública del Uruguay (y posiblemente una de las instituciones más antiguas del país) no funcione no es un problema exclusivo para sus usuarios, sino para la sociedad en su conjunto. El sociólogo estadounidense Eric Klinenberg llama *palacios del pueblo* a las bibliotecas y propone, en los Estados Unidos de la era Trump, una serie de acciones culturales que contribuyan a la construcción de una infraestructura social capaz de limar las desigualdades socioeconómicas. Una sociedad democrática necesita «valores compartidos», advierte Klinenberg, pero también «espacios compartidos», como las bibliotecas, que incentivan la interacción entre usuarios, el cruce de ideas y la construcción de derechos sociales, en el cual cada uno recibe un trato igualitario, puede consultar sin restricciones los materiales y, a partir de la lectura, proyecta e imagina futuros.

Hasta aquí el cierre de la biblioteca como problema político y social (más allá

de los fuegos de artificio de las denuncias cruzadas, las exageradas comparaciones con la quema de libros o las convocatorias al Parlamento). Y claro está, la necesidad de alcanzar soluciones que serán políticas o no serán.

Hay otro punto que me interesa abordar y es cómo el poder del Estado y la mencionada ausencia de política patrimonial incide en la labor historiográfica, pues limita el acceso a los recursos documentales. A la hora de elaborar nuestros trabajos de investigación somos más bien parcos para hablar de los lugares en los que consultamos, poco decimos sobre el recorrido para alcanzar nuestras fuentes de información. El protagonismo lo tienen sobre todo los documentos (el contenido) y no los lugares (el continente) aunque las condiciones de acceso repercuten en nuestra capacidad de investigar.

Hoy sabemos más que nunca que las condiciones en las que trabajamos potencian o limitan una investigación, que no alcanza sólo con el mero dato y que la metodología de investigación también involucra la tarea cotidiana de mostrar la cédula, guardar las pertenencias en el locker, tener expectativa sobre la posibilidad de consultar lo que voy a buscar o si me tendré que reagentar via web y, eventualmente, esperar un par de semanas. En los últimos años de trabajo en la Biblioteca Nacional nos habíamos acostumbrado a esa gimnasia de no saber cuándo podríamos ver el diario -porque podía no haber funcionario en préstamo-, a la muerte civil de una publicación -porque fue enviada a restaurar o no se encuentra en el estante-, o a formar redes clandestinas para la digitalización. Esta breve enumeración -que podría incluir escenas como las protagonizadas por Adam Appleby en el Museo Británico en la sensacional novela de David Lodge- es, claramente, una limitante muy fuerte para un trabajo «normal» de investigación, es decir un desarrollo fluido que consiste simplemente en pedir un material, que se encuentre disponible en un tiempo prudencial y que se lo pueda consultar en condiciones adecuadas.

La práctica del oficio es lo que nos torna investigadores: nos convertimos en historiadores e historiadoras en la búsqueda y revisión documental, en la construcción de un documento en una fuente de información, pero también en mirar con más atención los lugares en los que trabajamos. Durante décadas el uso de archivos, museos o bibliotecas estuvo escasamente problematizado, porque se dio

por sentado que la tarea documental era algo dado a la labor historiográfica. Sin embargo, hoy enfrentamos nuevos desafíos. Por un lado, debido la digitalización masiva de libros y documentos (y muchas veces su subida indiscriminada a una web); por otro lado, debido a la toma de conciencia sobre las políticas archivísticas y patrimoniales que han permitido pensar el lugar de los archivos y las bibliotecas en la tarea de investigación.

En un plano muy básico, el cierre de la biblioteca servirá para la toma de conciencia sobre la necesidad de cuidado y preservación de los acervos culturales y para no acostumbrarse a que como todo siempre funcionó así (y funcionó mal) no podemos hacer nada. Esto también implica una toma de conciencia: tenemos que dejar de ser meros usuarios y asumir la necesidad de intervenir para llamar la atención sobre problemas, para ofrecer soluciones (aunque las resoluciones serán políticas) y para pensar las prácticas de investigación. Por eso, los historiadores profesionales debemos hacer un fuerte reclamo ante el cierre de la biblioteca.

Por historiadores profesionales me refiero a aquellos que comparten ciertos criterios comunes y que respetan una máxima incontestable: la Historia disciplina se hace con documentos. Cuando los historiadores nos referimos a los documentos, aludimos a nuestra fuente de información y a nuestra noción de prueba. Pero la ausencia de documentos no impide la investigación histórica, en todo caso la torna (aún) más perfectible. Esta idea de la disciplina como imperfecta nos recuerda una y otra vez los límites de la investigación histórica. Sin embargo, hay una semilla, una simiente que acompaña el quehacer historiográfico desde Heródoto a nuestros días: la buena historia, aquella que aspira a la objetividad, que interpela y contrasta visiones se hace con documentos o no se hace. Para eso es que precisamos más y mejores bibliotecas, pensar lo público que, en última instancia, es pensar en el bien común, que nos ayuda a enriquecer el presente y proyectar nuestro futuro. ◇